

LIBROS CRÍTICAS

POESÍA

Polvo enamorado

POR LUIS BAGUÉ QUÍLEZ

Los libros más recientes de Ángel García López exhiben una marcada condición epigonal: tras *Posdata* (2012) y *Desde la orilla* (2013), *Cuando todo es ya póstumo* se asoma desde su conturbador título al precipicio de la caducidad.

No obstante, la elegía no se sustenta ahora en el recogimiento expresivo ni se atiene al estricto cauce de las estrofas tradicionales, sino que se desborda en una fluencia versicular que podría descomponerse, pese a todo, en metros regulares.

A lo largo de 14 secuencias, García López (Rota, Cádiz, 1935) entrega una obra de fastuosa exuberancia verbal en la que se enhebran fábulas acuáticas, naturalezas biodegradables y retablos de la desolación.

Como una corriente subterránea que galvanizara el conjunto, la ausencia amorosa revela el carácter ilusorio de un sendero que ha dejado de ser el camino de la vida para convertirse en una suerte de *descensus ad inferos*: "Andar este camino / es vivir la trasmuerte".

El decorado de las ruinas, en el que ha transmutado la antigua germinación primaveral, contamina la evocación de la amada mediante un simbolismo donde concurren muros derruidos y tierra baldía, la laguna Estigia y la siniestra corneja, pero también metáforas clínicas que remiten a la enfermedad ("cáncer de espumas") o a una carnalidad doliente redimida por el cauterio del lenguaje.

Ante la pérdida irremediable, la fórmula iterativa del *ubi sunt* ("¿Dónde, en estos ribazos / de vida interminable, se ha quedado la vida?", "¿Dónde estás, qué te

esconde / de ti?") refleja el dolorido sentir de un sujeto que se abisma en la reviviscencia de un tiempo compartido y de una geografía íntima.

Testimonio y plegaria, himno y réquiem,

declaración de amor constante más allá de la muerte, *Cuando todo es ya póstumo* nos ofrece la voz de un autor esencial, con una fértil y dilatada obra poética, que aún no ha dicho su última palabra.

Cuando todo es ya póstumo

Ángel García López
Castalia / Edhasa, 2016
71 páginas. 9,50 euros



GETTY

NARRATIVA

El antihéroe americano

Adam Haslett retrata a la familia de clase media de EE UU en *Imagina que no estoy*, novela falta de empuje

POR JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Adam Haslett consiguió un amplio reconocimiento con la publicación de su primer libro, una colección de relatos editada bajo el título *Aquí no eres un extraño*, publicado en España por Salamandra en 2004. La novela que hoy comentamos es la segunda suya. Cuenta la historia de una familia angloamericana formada por Margaret, una mujer templada, sensata, analítica, que decide contraer matrimonio con John por amor, a sabiendas de la inestabilidad psíquica de éste. Tienen tres hijos: Michael, que hereda la inestabilidad mental del padre; Celia, una socióloga que mantiene la cabeza sobre los hombros y una relación sentimental con Paul, y que, en cierto modo, viene a ser la parte más fuerte de la familia junto con la madre; y Alec, un periodista brillante, que descubre su homosexualidad siendo muy joven y que encuentra una estabilidad de pareja con Seth. Es una familia con problemas, tanto individuales como colectivos. Los caracteres están muy bien creados; los lazos de familia son convincentes y generan, como en todas las familias, un conflicto de sentimientos entre sí y, principalmente, en torno a la situación de Michael. John, el padre, es un hombre depresivo que acaba por perder su trabajo y dejar-se vencer.

Margaret debe seguir adelante con los tres hijos; es una mujer fuerte que, igual que aceptó casarse con John con todas sus consecuencias, enfrenta la vida con fuerza y cordura. Es el personaje más firme de toda la novela, a la que el transcurso del tiempo va alejando de los hijos. Poco a poco va desapareciendo discretamente de la vida de los hijos por más que su presencia nunca se disipe, pues en sus reapariciones (la novela se divide en capítulos correspondientes a los cuatro personajes centrales) su valor de referencia en la vida de todos está magistralmen-

te dispuesto con una discreta eficiencia. El peso de la historia recae en Michael como personaje más débil, más desamparado, al que sus dos hermanos apoyan, en especial Alec, que en el último tercio de la novela hace un emocionante esfuerzo por sacar adelante a un hermano medicado hasta el límite de su resistencia.

En realidad, esta novela es el retrato de una familia americana de clase media; de unos personajes que son auténticos antihéroes que tratan de mantener sus lazos emocionales y sentimentales, y que, tras la tragedia de un padre que se deja morir, luchan, cada uno a su manera, por reconocerse y ayudar al hermano que hereda la enfermedad mental del padre, al tiempo que el autor nos muestra su propia lucha por encontrar un lugar en el mundo. Como tal retrato de familia, es realista e incluso diría que pertenece a un realismo de tipo costumbrista, de mayor vuelo, sin duda, que el del género costumbrista, pero sin acabar de despegar hacia la fortaleza de un drama verdaderamente novedoso. Hay algo de "ya visto" o "ya leído" en este relato que le quita presión, aun siendo Haslett un autor de una excelente escritura descriptiva y una notable perspicacia para mostrar al detalle a sus personajes. Sus conflictos aparecen un tanto desarticulados, como si no acabaran de tensar el relato, como si les faltara el empuje enérgico de un texto complejo, completo y autosuficiente.

En buena parte de la novela norteamericana de hoy, siempre vigorosa, empieza a apreciarse el cansancio y la repetitividad del realismo, del mismo modo que acabó ocurriendo con las experiencias posmodernas. Si esto es un síntoma o un simple desmayo creativo, habrá que esperar a verlo.

Imagina que no estoy

Adam Haslett
Traducción de Ismael Attrache. Alianza de Novelas, 2017. 416 páginas. 18 euros

NARRATIVA

No obedecer

POR MARTA SANZ

Siggi Jepsen, hijo del policía de Rügge, permanece interno en un reformatorio. La pregunta sobre cómo ha llegado hasta allí sustenta el suspense de una trama apasionante; en su celda se aferra al cumplimiento de un castigo: completar una redacción sobre *Las alegrías del deber*. Estamos en la Alemania de 1954, Siggi acaba de alcanzar su mayoría de edad y, mientras escribe, se remonta a ese momento en que su país pierde una guerra y los conceptos de culpa, deber, responsabilidad o desobediencia, la pregunta sobre quiénes somos colectivamente y quién es el monstruo en singular, comenzarán a llenarse de significados nuevos.

La obligación de escribir se contrapone a la prohibición de pintar que sufre el expresionista Nansen, quien salvó la vida al hombre que vela por que el pintor no pinte: el padre de Siggi. La relación de Max y Jens amalgama horror y risa, luz que deforma y, en la deformación, revela: detectamos una violencia radical en el retrato de lo cotidiano. Siggi, mientras relata, comprende que catalogar la memoria no es lo mismo que vivificarla para proyectarla hacia el futuro. Homenajea a las víctimas de las alegrías del deber y en cada imagen del libro, Siegfried Lenz, que comparte nombre de pila con su narrador, plantea una idea, salvífica pero no autoexculpatoria, que surge de la impecable incardinación de forma y fondo. Frente a las interpretaciones del arte que demonizan a un autor en una época, después de haber sido ensalzado en otra, Siggi y Lenz apuntan hacia la excelencia de esas formas artísticas no susceptibles de enfangarse a capricho: algunas de esas formas, éticas y estéticas, amplían nuestra visión del mundo, alivian el dolor de la entropía inducida por la injusticia histórica, encarnan un compromiso político y moral

como el que caracteriza a Lenz y a sus compañeros del Grupo 47. Nansen dice los colores, mientras Siggi/Lenz pinta con el lenguaje inteligente y sensible de uno de esos niños superdotados por los que los lectores damos gracias: narradores hipersensitivos y precoces que miran con su retina de enanos resabiados, marcando su diferencia—su empeño en no crecer, inadecuación, enfermedad—en un mundo injusto y destructor. Como aquellos artistas degenerados del nazismo, palabra borrada de esta novela pero indeleble en su significado profundo. La fisicidad del texto es hermosa: Jutta se columpia; la madre de Siggi se lava el pelo; el niño esconde embutidos entre la ropa y la piel; se sacrifica una vaca herida por la metralleta; Siggi chupa un corte en el pie a su hermana Hilke y, mientras recompone un cuadro roto, soluciona el puzle del color y de su propia identidad.

La novela es un canto de confianza hacia el arte y la literatura como cauces de reflexión ideológica. Una obra sobre la necesidad de recordar y no cerrar heridas en falso; sobre la escritura como expiación de la culpa. En este sentido, impresiona el juego de narradores y destinatarios de sus voces. Lo patológico de la grafomanía encuentra su reverso en el poder de sanación social de la escritura, como herramienta de conocimiento y fijación, ante la insalubridad del borrón y cuenta nueva y la imposibilidad de contar lo mismo de dos maneras diferentes. Eso lo saben los novelistas y los constructores del relato histórico. Los novelistas como constructores del relato histórico. El relato se expande, nunca es lo suficientemente preciso. *Lección de alemán* es una novela canónica que convierte en una persona afortunada al lector que aún no ha experimentado el placer de leerla. Le queda una sublime primera vez.

Lección de alemán

Siegfried Lenz. Traducción de Ernesto Calabuig
Impedimenta, 2017
496 páginas. 24,95 euros